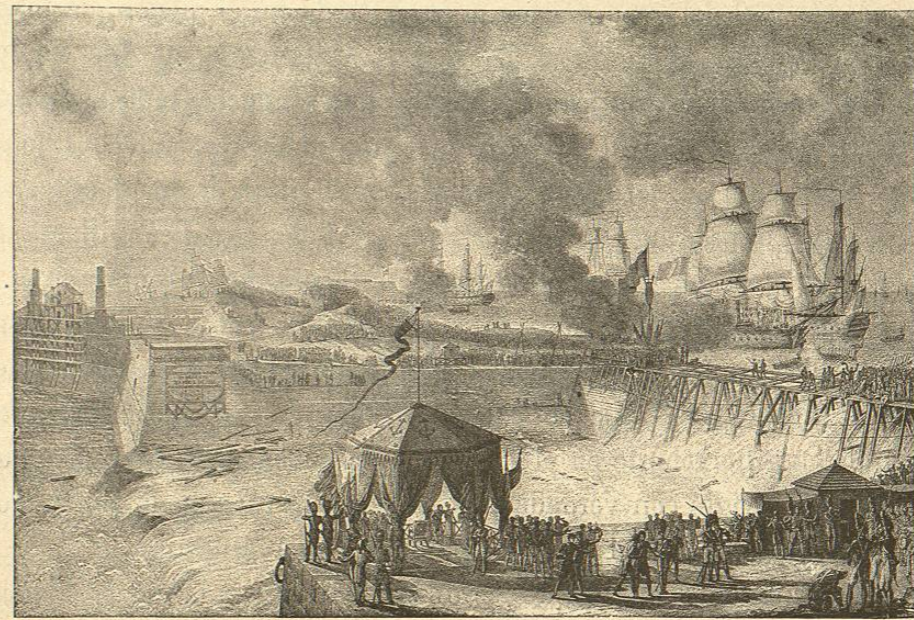


Los sufrimientos que naturalmente traía consigo el bloqueo continental se agravaban muchas veces por el rigor y la ineptitud con que se aplicaba. Beugnot refiere en sus *Memorias* que cierto día vió llegar al gran ducado de Berg, de cuyo gobierno estaba encargado, á un tal M. Turc, enviado de París por el gobierno para practicar una inspección de los productos ingleses. «Consideraba éste un auto de fe de estos infames géneros, desde luego, como una medida sumamente



Apertura oficial del nuevo puerto de Cherburgo. (Dibujo de Isabey)

gloriosa por sí misma y además sumamente sabia dentro de la economía política. Llevado de su exaltado celo, cayó cierta mañana sobre un considerable número de balas de algodón, que había en el gran ducado, y las mandó aprehender como mercancías inglesas. El subastador más perverso, que con un golpe de su vara hubiese paralizado de improviso los brazos de diez mil obreros, no hubiera obrado de un modo más brutal. Tan pronto como yo tuve noticia de ello corrí en seguida tras de aquel Turc, á quien puse de manifiesto la atrocidad que acababa de cometer, y sin emocionarse en lo más mínimo me exhibió no sé qué carta del ministro de Comercio francés, M. Colin de Sussy, en donde se decía que debían llegar de Cuxhaven géneros ingleses al gran ducado, de los cuales debía apoderarse sin vacilar en

dondequiera que los encontrase. Me esforcé en repetirle que todo el género que había aprehendido era realmente de procedencia inglesa, pero vendido públicamente en Francfort en nombre del Emperador, que había pagado el correspondiente impuesto y cuya identidad resultaba del acta extendida de su venta, en la que se consignaba el número de cada bala, el peso de la misma, su forma y el nombre del comprador; y finalmente, que todas aquellas balas que aun no habían sido abiertas llevaban el marchamo de la aduana francesa, al salir de Francfort, y el del gran ducado á su entrada en el mismo, en todos cuyos extremos convenía el Turc, pero insistiendo en que no les libraba de su origen inglés. Y á todo lo que yo decía, indignado por este exceso de injusticia y barbarie, se limitaba á responder mi hombre: «No digo lo contrario, pero esto no le libra de su procedencia inglesa;» y al preguntarle qué iban á hacer todos aquellos millares de obreros sin trabajo, me contestó que esto no era incumbencia suya.»

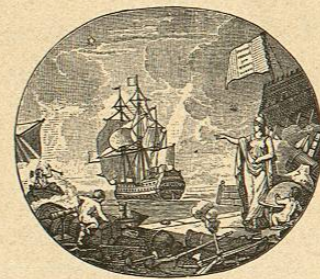
Estos hechos, y otros muchos semejantes, ponen de manifiesto la absurda tiranía é injusticia á que podía llevar la aplicación del bloqueo continental. Así se explica que la ciudad de Burdeos, por ejemplo, tan floreciente en el siglo XVIII, al encontrarse arruinada por el bloqueo, acogió con verdadera satisfacción el regreso de los Borbones y favoreció en 1814 el paso del ejército de Wellington.

Pero aunque las faltas de los unos no disculpen las de los demás, justo es preguntar si el gobierno británico se preocupaba mucho más por la justicia y la libertad. En el terreno de los hechos, los dos bombardeos de Copenhague responden paladinamente á esta pregunta, sin que la política de Napoleón presente ningún acto de monstruosidad semejante realizado con tal frialdad; y, con respecto á su objetivo final, ¿qué se proponía Inglaterra? «A fuerza de visitas, de vejaciones y de obstáculos de todo género, arruinar el comercio europeo; de manera que la guerra, que para los pueblos mercantiles es un estado precario, fué para sus negociantes una época de monopolio y de prosperidad extraordinaria.» (THIERS).

El bloqueo continental atenuó, sin embargo, de un modo extraordinario la realización de tales esperanzas, é Inglaterra, á su vez, sufrió muy seriamente; por otra parte, hubo de apreciar los odios que la tiranía comercial y económica puede producir, y se vió obligada á

suspender, con beneplácito general, el *Acta de navegación*, pues comprendió los peligros á que se exponía pretendiendo ejercer indefinidamente una tiranía análoga á la que Napoleón había impuesto. Finalmente, cuarenta años después de esta terrible lucha cedió en su actitud, reconociendo, por el tratado de París de 1856, hecho bajo los auspicios de otro Napoleón, el principio de la neutralidad armada, proclamado en 1781 por Francia y defendido por ella desde entonces, principio que por medio del bloqueo continental se quiso imponer á la Gran Bretaña, volviendo contra ella sus propias armas. Napoleón fué sin duda culpable, pero la aristocracia inglesa le aventajó en este punto, pues mientras que, con completo menosprecio del derecho, perseguía el fin de la servidumbre marítima del mundo entero en provecho exclusivo suyo, Napoleón se presentó como defensor, por medios cuya exageración hemos visto, de los principios generales de la justicia y de la igualdad. Véase en esto perfectamente el lado abstracto y clásico del espíritu francés, que se había manifestado también de una manera firme en los actos de la Asamblea nacional de 1789. Respecto á las teorías en que se apoyaba el bloqueo continental, no hemos de entablar aquí ninguna discusión, pero sí consignar que es injusticia singular oponer continuamente las «ideas mezquinas» de Francia, en materia económica, al pseudo-liberalismo de una nación que ha mantenido los principios del *Acta de navegación* hasta mediados del siglo XIX.

De todos modos, persiguiendo la quimérica pretensión de conseguir en absoluto el bloqueo continental, Napoleón fué á comprometerse en la expedición á Rusia, que debía ser la causa de su ruina.



Dibujo alegórico de la libertad de los mares. (Grabado de la época)